

Identidades útiles. G. H. Mead y los nacionalismos hispanos¹

Emilio Lamo de Espinosa
Universidad Complutense de Madrid

Con este trabajo pretendo cuatro cosas. De entrada, plantear una hipótesis sobre las identidades en general y, más en concreto, sobre lo que podríamos llamar identidades positivas, útiles, identidades que unen, frente a identidades negativas, dañinas, invasoras, que enfrentan. Tras hacerlo, lo ejemplificaré con dos casos concretos. Uno positivo, la transición y los años posteriores. Y otro negativo, los actuales nacionalismos españoles. No para entrar en confrontación con ellos (como sabemos, viven de eso), sino para no cometer sus mismos errores. Todo ello será una mirada hacia adentro, y por ello intentaré (en cuarto lugar) hacer un ejercicio de objetivación para vernos a nosotros, a España, incluso a Europa, desde fuera, en el escenario de un mundo nuevo que está cambiando por completo los parámetros de nuestra existencia y también de nuestras identidades. Hablaré, pues, de fronteras y de globalización, y voy a insistir mucho en una idea: el futuro de España está fuera de España, fuera de nuestras fronteras, en una sociedad global, la primera sociedad mundial jamás existente.

La identidad

Y para empezar, permítanme algunos comentarios al tema de la identidad en general, antes de pasar a hablar de la identidad de España.

Y me veo obligado a aludir al pragmatismo, la principal aportación filosófica de los Estados Unidos, un pensamiento casi desconocido en España, aunque ha ido adquiriendo más y más relevancia con el paso del tiempo. Uno de los grandes pensadores del pragmatismo fue George Herbert Mead, fundador de la psicología social y del interaccionismo simbólico, ya uno de los clásicos de la sociología, a la par con pensadores de la talla de Marx, Weber o Pareto. Pues bien, si me acuerdo hoy de Mead es porque elaboró una teoría de la identidad que creo viene a cuento.

Mead (1972) argumentó que el yo (lo que llamaba el *Me*) no es sino el reflejo en cada uno de la imagen que nos dan de nosotros mismos los otros re-

¹ Una primera versión de este texto fue la conferencia inaugural que, invitado por la Junta de Castilla y León, y en el seminario sobre *La identidad útil*, pronuncié en Valladolid, el 25 de septiembre de 2009. He conservado el estilo oral de una conferencia.

levantes con quienes interactuamos. La madre, por supuesto, en primer lugar, el primer «otro» que todos encontramos; luego el padre, los hermanos, los compañeros de colegio, los maestros, y un largo etcétera que se actualiza continuamente. El yo es así como una cebolla, formada por capas más y más profundas, cada una correspondiente a una de esas imágenes de uno mismo recibidas de los otros. Una cebolla que, si se despieza, carece de núcleo, de esencia. No hay una identidad pues, sino una sucesión dinámica de identidades siempre *in fieri*. La identidad, como tal, sería un proyecto que solo acaba con la muerte, momento en el que casi todos los humanos invocamos la primera identidad que nos fue dada: la que nos proporcionó nuestra madre.

Algunos de los sucesores de Mead, la llamada Escuela de Iowa, trataron de hacer útil ese concepto (de operacionalizarlo), y elaboraron el Test de las Veinte Preguntas (TST o *Twenty Statement Test*). Consiste en algo muy sencillo: responder veinte veces seguidas a la pregunta «Quién soy yo». Hagan ustedes mismos el experimento y verán lo que sale. Las primeras respuestas son fáciles, pero a partir de la décima la cosa se complica. En todo caso lo que resulta es lo que adelantaba Mead: una sucesión de identidades superpuestas del tipo de: soy hombre, casado, padre, profesor o ingeniero o músico, trabajo de contable o de vendedor, soy madrileño o leonés, soy europeo, aficionado al cine o al montañismo, soy gruñón o desconfiado, y así sucesivamente. Las identidades son múltiples: de género, de trabajo, de profesión, de nacimiento, de aficiones, de carácter, etcétera. Y cada una de esas identidades diversas se activa en un contexto o, por el contrario, permanece latente por carecer de relevancia. Si viajo por los Estados Unidos descubriré mi condición de europeo, pero si lo hago por Oriente descubriré mi condición de occidental. Puedo pasarme años trabajando en mi oficina sin que mi compañero de despacho sepa que toco el cello en casa porque no es relevante en ese contexto.

La identidad ha pasado a ser uno de los fetiches de la ciencia social contemporánea, y no digamos del discurso político. Acabadas las clases sociales como sujetos de la historia, debían ser sustituidas por los movimientos sociales, nuevos sujetos colectivos. Pero estos se han multiplicado hasta el infinito (vecinales, de género, ecologistas, gais, okupas y tantos otros), y así, al final, hemos acabado en el discurso blando de las identidades. No importa qué haces sino qué eres, y hoy todo el mundo tiene identidades. Hay identidad de género, de nación, de raza, lingüística, de orientación sexual. Hace poco hubo en Madrid una exposición fotográfica con ese nombre, Identidades. En ella se hacía un repaso a las tribus urbanas desde los viejos *mods* o *rockeros* a los *punkies* o *breakdancers*. Es la banalización de la identidad transformada en moda, en estilo de vida, que se puede adquirir comprando la ropa y los símbolos adecuados en cualquier gran almacén. Pero al parecer si no tienes identidad no eres nadie.

Pero si la tienes parece que no puedes ser otra cosa. Si eres *mod* no puedes ser *roker*, pero si eres musulmán, al parecer solo puedes ser eso y nada más. Otros dicen lo mismo si eres mujer, o si eres homosexual. Hace un par de lustros mantuve una polémica con un nacionalista catalán que aseguraba que no se podía ser catalán y español al tiempo. Identidades monopolistas e invasoras que niegan cualquier otra identidad.

Frente a todo ello, lo que Mead nos enseñó es importante:

1. La identidad es el depósito actualizado de mi historia, lo que queda vivo de mis experiencias pasadas, algo muy próximo a la memoria. Es como mirarme a mí mismo, pero por el espejo del retrovisor Mead decía que el yo (ahora el *I*) se vuelve sobre sí mismo reflexionando y cuando lo hace lo que encuentra es un yo pasado, el de la identidad (el *Me* al que aludía antes). La identidad es así una mirada hacia adentro, hacia uno mismo, y una mirada hacia atrás, hacia el pasado.
2. Pero la identidad se hace en el tiempo, no se tiene, no es un dato, sino un «constructo», no «soy» de un modo, me «hago» de un modo.
3. La identidad es variada y múltiple; no infinita, desde luego, pero sí abierta y, sobre todo, contextual, depende del aquí y del ahora que se active una u otra de mis múltiples identidades. Pues somos muchas cosas, aunque no todas al tiempo, y debemos huir de todos aquellos que pretenden decirnos que solo somos una. Sin duda porque ellos monopolizan esa identidad de la que se han apropiado y que administran a su antojo.

Lo que me interesa destacar es que si la identidad es un «constructo», dependerá de los proyectos de futuro que tenga el que acabe construyendo una u otra identidad. No vivimos mirando por el espejo del retrovisor, hacia atrás, sino mirando hacia adelante en función de proyectos de vida. Lo importante, pues, es el proyecto vital que define nuestro camino y que genera, como un subproducto, las identidades. Podemos mirar hacia atrás y hacia adentro para ver las identidades ya hechas, o mirar hacia delante y hacia fuera para construir nuestra identidad. Esto ocurre con las personas, pero también con los pueblos. Y con este comentario entro en materia.

Hablemos, pues, de España.

Pues España, como viejo país con larga historia, tiene una identidad fuerte. De hecho es de los países con una imagen más fuerte y marcada, con una marca, un *made in Spain*, por ejemplo, tan fuerte que no siempre nos viene bien. Pero no es una sino varias las identidades producto de nuestro pasado. Hubo, por ejemplo, una España mediterránea y otra España atlántica, abierta a América. Había —y sigue habiendo— dos Españas, como sabemos, una España integrista, dura, agresiva, intolerante, católica e inquisitorial, la España que horrorizaba a los ilustrados como Montesquieu o Kant, imagen que todavía sobrevive en partes de Latinoamérica; y la España romántica, abierta, tolerante, pagana, festiva, casi el negativo de la anterior, la imagen que fascinaba a los románticos, desde Bizet y Washington Irving a Hemingway. Hubo otras dos Españas que nos helaron el corazón. Pero ya no hay dos Españas. Y debemos comenzar recordando que este es el enorme éxito alcanzado en solo una generación. Pues la transición y los años posteriores son, creo, el mejor ejemplo de una identidad útil que mira al futuro.

España: identidades útiles

Señalaba Hegel, en la *Fenomenología del espíritu*, que los periodos felices de la humanidad carecen de historia. Vinculaba así la felicidad con la falta de eventos o sucesos trascendentes, la escasez del cambio social y, en definitiva, la vieja sospecha de que *no news is good news*. A Toynbee le gustaba repetir la idea y Unamuno la hizo suya al elogiar la intrahistoria.

Pues bien, si recuerdo ahora esta vieja idea es para señalar que la España moderna, la que se extiende desde aproximadamente el Plan de Estabilización de 1957 y, sobre todo, la muerte de Franco en 1975, hasta este comienzo de siglo, es justamente el contraejemplo de esta tesis. En términos estructurales, señaló Raymond Carr en 1983, *la sociedad española cambió con mayor rapidez entre 1957 y 1978 que en siglos anteriores*. Y el ritmo se aceleraría en la década de los ochenta, y de nuevo en los noventa, en las tres dimensiones de todo cambio social: en intensidad, pues abarca todo tipo de hábitos, costumbres o instituciones; en extensión, pues afecta a toda la sociedad española, urbana o rural, central o periférica; y finalmente en ritmo, en velocidad.

Algunos ejemplos: en menos de treinta años España pasó de ser uno de los Estados más centralizados de Europa a uno de los más descentralizados; de una economía autárquica y cerrada a una de las más abiertas y cuyo PIB depende más y más del sector exterior; de importador neto de capitales a uno de los primeros en inversión directa en el extranjero; de país de emigración (a América, y después a Europa) a país de inmigración, con casi un 12% de población extranjera; de una moralidad pública hegemónica marcada por el catolicismo conservador y casi contrarreformista a una moralidad casi contracultural y sesentayochista y de las más tolerantes del mundo. Nuestro PIB se ha multiplicado casi por cuatro, de menos de 250.000 millones de euros a más de un billón. Incluso (aunque no sin fuerte polémica interna), de ser el paria de Europa, un resto anacrónico del fascismo de la Segunda Guerra Mundial, a codearse con las grandes potencias en la Cumbre de las Azores jugando a la contra de Francia o Alemania y a ser (hoy) el tercer país en la UE. En muchos sentidos hemos pasado de retaguardia de Europa a vanguardia.

Pues bien, contra lo que pensaba Hegel, ese intensísimo ritmo de cambio social no ha generado una sociedad menos feliz, sino todo lo contrario. Desde 1975 los españoles son más libres, más prósperos, más educados, más iguales, más cultos, y ello en un ambiente de paz, respeto a los derechos humanos, libertad y seguridad solo interrumpidos esporádicamente por la violencia asesina de ETA. Lo confirman datos reiterados del Eurostat: de los países grandes de Europa somos el más feliz o al menos lo éramos hace pocos años.

No solo ha habido progreso indiscutible, es que si intentáramos buscar un tan largo periodo de libertad y prosperidad comparable en la historia de España, tendríamos dificultades. Quizá, pero sin duda menos, la Restauración monárquica antes de la Gran Guerra. Quizá también los largos años del reinado de Carlos III. Pero ya la dificultad de encontrar alguna comparación muestra la excepcionalidad del período histórico que, comenzando en 1975, culmina simbólicamente en 1998, al conmemorarse, junto a los veinte años de la

Constitución de 1978, el centenario de esa otra fecha simbólica para la historia de España que es 1898.

¿Por qué fue esto posible? ¿Qué podemos aprender de este brillante pasado?

Dos cosas. La primera nos la enseñó Ortega (2005) en *La Rebelión de las Masas*, libro hoy no leído por casi nadie, pero el libro español traducido a más idiomas tras *El Quijote* y los poemas de García Lorca. Y decía Ortega:

El Estado empieza cuando se obliga a convivir a grupos nativamente separados. (Pero) esta obligación no supone desnuda violencia, sino que supone un proyecto... una tarea común... Se llama a las gentes para que juntas hagan algo.

Así pues, en el Estado conviven grupos nativamente separados, pero lo hacen no por violencia, sino porque se les llama a que hagan algo juntos. Y eso, por supuesto, es la nación. No tanto una definición jurídica o constitucional, sino, antes de eso, un proyecto colectivo y sugestivo que unifica e impulsa hacia delante.

Y así fue. La transición no fue el proyecto de un partido político o de un grupo social, no fue un proyecto de minoría o de una élite: A él se sumaron todas las fuerzas nacionales de diversas clases sociales, de orígenes geográficos diversos y de ideologías políticas variadas. Burgueses o proletarios; socialistas o conservadores; catalanes, madrileños o valencianos. Fue el intento nacional de ajustar cuentas con la modernidad, la Ilustración y la razón, fuerzas históricas de las que España había sido separada por la invasión napoleónica y la consiguiente esquizofrenia —que nos persigue todo el siglo XIX— entre ser español o ser ilustrado, entre la nación (España) y la razón (Europa), al final, entre el patriotismo y la modernidad, entre la identidad y el progreso, entre el pasado y el futuro.

Un proyecto modernizador antiidentitario que iba a fracasar dos veces antes de vencer a la tercera. Pues fracasó con la Restauración, que no asumió el paso desde el simple liberalismo a la democracia, y se hundió así en la Dictadura de Primo de Rivera, que dejó inservible la monarquía y abrió el paso a la II República. Fue el fracaso de la derecha conservadora española, que tuvo su oportunidad. Pero el segundo fracaso fue el de la República, hundida por sus rencillas internas que, tras la Revolución de Octubre de 1934, cuando la izquierda socialista rompe con la legalidad y se lanza alocada a la revolución, allana el camino para el triunfo de la revuelta de Franco de 1936. Fue el fracaso de la izquierda.

La Guerra Civil fue así el crisol que, al fuego del horror, habría de fraguar el triunfo final del proyecto modernizador tras la muerte de Franco en 1975. Pues sin el recuerdo del horror fratricida y sin el deseo colectivo de evitar a toda costa una repetición de aquello, sin el *never more*, el «nunca jamás», no se puede entender el espíritu de consenso que animó la transición. No nos une el amor, sino el espanto, decía Borges. Y somos eso, herederos del espanto y del cainismo, del «no a la guerra», no herederos de unos o de otros, sino del rechazo a la

confrontación (una cuestión torpemente reabierta por la Ley de la Memoria Histórica, ley necesaria pero muy mal diseñada).

Pero todo ello fue posible además no tanto porque huíamos del pasado, sino porque España tuvo un proyecto nacional político unificador que impulsaba hacia adelante y que se resume en dos ideas: mirar al futuro; mirar hacia fuera.

La primera fue mirar adelante y no atrás, solucionar los problemas de nuestros hijos, no los de nuestros abuelos para hacer lo que nos aconsejaron los pensadores del 98, cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid, aparcar el Imperio y sus glorias, y hacer «despensa y escuela». Progresar, no regresar. Recordemos el eslogan con el que el viejo socialismo obtuvo su gran victoria en 1982: *Por el cambio*. Cambiar, modernizar, avanzar. Todo lo contrario de una mirada identitaria por el espejo retrovisor.

La segunda razón del cambio fue mirar hacia fuera y no hacia adentro para olvidar la pregunta que siempre nos ha atormentado, qué somos. Frente a la visión intimista y narcisista, identitaria, que indagaba por el ser de España, se trataba de construir, de hacer España. No ser, sino hacer. Y a la hora de hacerlo seguimos de nuevo el consejo de Ortega y Gasset: *España es el problema, Europa es la solución*. No inventemos, no somos distintos. Y así, hemos europeizado España como nunca antes hasta hacer de ella otro país europeo más.

Hace ya años, en 1994, presentaba la *Panorámica Social de España*, una publicación del Instituto Nacional de Estadística que recogía estadísticas de la sociedad española y las comparaba sistemáticamente con similares datos europeos. La conclusión que allí aventuraba puede servir también ahora: en todas las series de datos, la posición de España se encontraba dentro del abanico de los países europeos. España era, es, un país europeo más. Pocos meses antes un monográfico sobre España de la revista inglesa *The Economist* aseguraba que éramos un *fairly normal european country*. Habíamos dejado de ser diferentes. El *Spain is different* de la dictadura, otra España identitaria, había quedado hecha añicos.

En resumen, lo que los españoles hemos hecho en estos treinta últimos años es no reconstruir la historia, el pasado, sino construir el futuro. No plegar a la identidad, sino generar una nueva. Y por eso hemos sido una nación. Y esa, creo, es la identidad útil, si me permiten la osadía de definirla.

Regresan las identidades inútiles

Pero en este comienzo de siglo regresan otras identidades, las inútiles. Y conviene analizarlo para tener no solo un ejemplo de lo que se debe hacer, sino otro de lo que no se debe hacer. Hablo, por supuesto, de los nuevos nacionalismos aunque también podría aludir a indigenismo y otras formas de particularismos que hoy brotan por doquier.

Como sabemos, el Estado de las autonomías previsto en la Constitución de 1978 ha sido un éxito y es importante resaltarlo. Tenía un 51% de apoyo (y no pocos recelos) a comienzos de los años ochenta, pero para comienzos de siglo era apoyado por tres de cada cuatro españoles y su legitimidad creció a medida que pasaba el tiempo. Los españoles creen que ha contribuido a acercar la gestión de los asuntos públicos a los ciudadanos (54%); la «redención de las provincias» para transformarlas en capitales ha sido una de sus principales consecuencias. Pero los españoles no dejan de señalar que también ha contribuido al desarrollo de los separatismos (49%) y a aumentar el gasto público ineficiente (43%), con la consecuencia de que estos últimos años ha crecido el apoyo a una reforma recentralizadora.

Y tienen razón.

Pues ese Estado de las autonomías, que es hoy un éxito, lo es donde no lo necesitábamos, y no lo es donde era necesario. El Estado de las autonomías es, sin duda, resultado de la presión de los nacionalismos catalán y vasco que buscaban un acomodo en la arquitectura política de España. Pero hete aquí que sirve para muchas cosas menos para esta. El Estatuto de Sants se ha «secado», señalaba Pujol a comienzos de 1999, y hubo que elaborar, malamente, otro que cosechó todavía un apoyo menor. Y el PNV hace ya años que ha decretado la muerte del Estatuto de Guernica, aunque ha sido incapaz de alcanzar consensos para cambiarlo.

Esto es singular. Jamás en su historia, al menos jamás desde los Decretos de Nueva Planta, tuvo Cataluña un nivel de autogobierno mayor. Jamás Euzkadi tuvo el actual grado de reconocimiento político. Y, sin embargo, los nacionalismos se sienten aún insatisfechos y quieren más. ¿Por qué? ¿Tienen razón?

El punto de partida es conocido: en España, a diferencia de Francia, el Estado liberal del XIX no consiguió nacionalizar plenamente su territorio, probablemente por la constante debilidad del sistema educativo, que no consigue generalizar la enseñanza primaria sino muy tardíamente, en los años cincuenta, abriendo así el camino para la emergencia, al socaire del romanticismo político, de otros nacionalismos alternativos que iban a aprovechar la debilidad del Estado y, sobre todo, su ineficacia, la «decadencia» de España.

Pero como señaló acertadamente Juan Linz, si el Estado español no consiguió nacionalizar plenamente todo el territorio (como sí consiguió el francés, incluso en el País Vasco), y menos aún imponer su lengua (que, paradójicamente, fue compañera del Imperio, pero no de la nacionalización de España), tampoco los nacionalismos catalán o vasco consiguieron nacionalizar plenamente sus territorios. Y ello, más que por la indudable (pero tardía) coacción de la dictadura (ya avanzado el siglo XX), fue sobre todo por la constante emigración que su desarrollo industrial exigió, primero a finales del XIX, de nuevo en los años cincuenta-sesenta, y por tercera vez a comienzos del siglo XXI. En cierto modo el proyecto político (identitario, cerrado) de los nacionalismos chocó una y otra vez con su proyecto económico (abierto, cosmopolita), y la industrialización ha sido quizás el mayor enemigo de la nacionalización catalana y vasca, que solo

habría podido triunfar en una sociedad agraria y aislada. Una vez más, identidad historicista versus futuro y progreso.

En todo caso, la herencia del franquismo es una doble pluralidad resultado de ese doble fracaso nacionalizador: la de España como una nación plural por una parte, pero la de Cataluña o Euskadi como realidades igualmente plurales donde conviven nacionalistas de uno y otro signo y hablantes de ambas lenguas, sin que unos y otros deban considerarse como conjuntos separados.

Pero a pesar de esa compleja base histórica, a la hora de pensar la relación entre nación y Estado, el pensamiento político español, de derecha o de izquierda, se ha estructurado a partir de una simple fórmula que funciona en el pensamiento como un estereotipo o prejuicio. La idea de que allí donde hay una lengua hay una nación, y allí donde hay una nación, hay (o debe haber) un Estado. La ecuación lengua = nación = Estado.

Ecuación que debe leerse no solo de abajo arriba, de la lengua hacia el Estado, sino también de arriba abajo, desde el Estado a la lengua. Y ahora lo que resulta es que allí donde hay un Estado debe haber una nación, y para que haya una nación debe haber una sola lengua.

Así, cuando se asegura que el hecho diferencial de una lengua otorga derechos de autodeterminación se argumenta desde la lengua al Estado, de abajo arriba. Pero cuando (desde el franquismo) se argumentaba que el Estado español debe imponer una lengua homogénea en todo el territorio, pues todo Estado necesita un solo *demos* o pueblo y este no lo es si no comparte una lengua, la lógica funciona de arriba abajo. Y efectivamente, son simétricas: la lógica de la nación-Estado *in fieri* es simétrica a la del Estado-nación *in fieri* (y nótese que, en ese sentido, los actuales nacionalismos son casi franquismos inversos).

¿Es esto así? ¿A cada lengua, cada nación, su Estado? Objetivemos el problema, veamos sus datos, y pensemos lo siguiente:

Hoy hay en el mundo poco más de 200 Estados, 193 en las Naciones Unidas. Pero hay nada menos que 6.900 lenguas censadas e identificadas. Y finalmente, hay no menos de 15.000 etnias o «naciones», concepto siempre confuso. Las conclusiones son rotundas y claras:

1. La inmensa mayoría de los Estados son plurinacionales. Al parecer, no más de 18 Estados cumplen la ecuación Estado = Nación en ambos sentidos. De hecho hay más relaciones inter-nacionales dentro de los Estados que entre ellos. Nada hay, pues, de singular en el caso español.
2. Un buen número de naciones son también inter-estatales, se extienden por varios Estados. Nada hay, pues, de singular en el caso vasco.

Emerge así un complejo juego de Estados pluri-nacionales y de naciones pluri-estatales. Y otro tanto ocurre con las lenguas. La media de lenguas por Estado es nada menos que 30, que baja a solo 5 en Europa, pero sube a 45 lenguas por país en Asia y más de 50 en el Pacífico. Dicho de otro modo, la

inmensa mayoría de los Estados son pluri-lingües y no pocas lenguas —por cierto, las más importantes— son también inter-estatales (véase América Latina).

En resumen, la idea lengua = nación = Estado es imposible de generalizar en ningún sentido salvo que multiplicáramos los Estados hasta hacer el mundo más ingobernable de lo que ya lo es. Ni a cada nación su Estado, ni a cada Estado su nación, ni a cada lengua su Estado. Es más, uno de los grandes problemas modernos es el intento de forzar la ecuación anterior mediante procesos de limpieza étnica en no pocos países, lo que genera dramas humanos, guerras civiles, emigraciones y una multiplicación de Estados ineficientes.

Los ciudadanos lo han entendido perfectamente y se niegan, por puro sentido común, a jugar ese juego. Y así encontramos todo lo siguiente:

1. Predominio de identidades múltiples. Algo tan obvio por lo demás, que es lo que hace comprensible que la gente se sienta al tiempo, por ejemplo, del Ampurdán, catalán, español y europeo, e incluso ciudadano del mundo, todo ello en proporciones variables. En España, y el tema está estudiado hasta la saciedad, menos de un 20% de los ciudadanos se sienten solo españoles y algo menos de un 10% se sienten solo de su región. Los demás combinan identidades nacionales y regionales de modo que la doble identidad abarcaría a más del 60% de los vascos, más del 70% de los catalanes y más del 90% de los gallegos. Y eso que España es de los países del mundo con identidades regionales más fuertes y marcadas.
2. Esas identidades múltiples no se restan, a veces se suman. Y debo hacer autocrítica como sociólogo, pues creo que hemos hecho un flaco favor a la comprensión de este complejo problema al aceptar que las naciones son un juego de suma cero, supuesto implícito en la pregunta clásica: es usted solo catalán, más catalán que español, ambas cosas por igual, etcétera, una pregunta importada de Québec y que nos hace visualizar el tema binariamente: o lo uno o lo otro. Y esto es un error, científico y político, pues la gente compatibiliza ambas cosas (y muchas más, por supuesto) sin dificultad alguna, y lo que les incomoda es que se les obligue a elegir, algo así como cuando a un niño se le pregunta a quién quiere más, a papá o a mamá.

Así, cuando se pregunta, no por «lo uno o lo otro», sino por «lo uno y lo otro», es decir, se pregunta por la intensidad del sentimiento español y, en pregunta aparte, por la intensidad del sentimiento regional/nacional, se obtiene un resultado muy interesante. La mayoría de los españoles, siete de cada diez, se declaran máximamente españoles, es decir, escogen el 10 cuando se les pide que marquen su españolidad en una escala del 1 al 10. Pero más de la mitad de ellos se declaran, al tiempo (y no «a pesar de»), máximamente murcianos, riojanos, canarios, manchegos o valencianos.

En Cataluña mismo (poco antes del estallido nacionalista), y junto a quienes se sienten catalanes, pero no españoles, o españoles, pero no catalanes (tipos humanos bien conocidos), emergen otros dos tipos

humanos, hasta ahora casi ignorados. De una parte quienes se sienten muy catalanes y muy españoles al tiempo; casi un 50% de los catalanes se sienten máximamente catalanes, pero hete aquí que la mitad de ellos (así pues, no menos de un 25% de la población) se sienten también máximamente españoles. Y de otra, por supuesto, quienes se sienten poco o nada catalanes, pero también poco o nada españoles, no menos de un 10%, personas a quienes olvidamos sistemáticamente y que viven la identidad nacional con indiferencia. De modo que sí, nación de naciones, pero también de simple ciudadanos no encuadrados ni identificados con ninguna.

3. Y, por supuesto, estas identidades múltiples, combinadas en cascada como muñecas rusas, que se dan dentro de los países, se repiten hacia afuera: los datos del Eurobarómetro muestran que algo menos de un 5% de los europeos se sienten solo europeos; los demás son daneses, italianos o franceses...y europeos en proporciones variables. Recordemos que fue Montesquieu quien en sus *Réflexions sur la monarchie universelle en Europe*, escritas en 1727, y al hilo de su dura crítica a la monarquía española, comentó que l'Europe «n'est plus qu'une nation composée de plusieurs», Europa es una nación de naciones. Y de hecho, si pretendemos articular una identidad europea, solo podremos hacerlo al modo como en España estamos intentando articular las varias identidades: no como mónadas que se repelen (en horizontal), sino como un juego de muñecas rusas (en vertical), unas encima / debajo / dentro de otras. De modo que, no solo nación de naciones, sino también nación de naciones... de naciones, y así sucesivamente hasta abarcar potencialmente a la humanidad entera.

En todo caso, tras cuarenta años de Constitución y de autogobierno, difícilmente se puede sostener que la identidad catalana o vasca peligran, que sus lenguas están en riesgo de extinción, o que no disponen de mecanismos de autogobierno (cuando CiU y el PNV han participado directamente en la gobernabilidad de España y el País Vasco dispone de la totalidad de sus impuestos). Todo ello carece por completo de sentido y simplemente no resulta creíble.

Pero la situación comienza a cambiar radicalmente cuando hablamos de la situación de los españoles no catalanes o no vascos en Cataluña y Euskadi. Hace años se dijo en relación con Canadá: Canadá no desea expulsar a Québec; son algunos quebeçois quienes desean expulsar a Canadá de Québec; el problema no es el lugar de Québec en Canadá, sino el de Canadá en Québec. Pues bien, el problema no es ya el del lugar de Cataluña o del País Vasco en España, que está resuelto y bastante bien resuelto hace tiempo con la Constitución de 1978 y los Estatutos de Autonomía, aunque sin duda admite mejoras. Lo que discutimos hoy, me temo, es del lugar de España y de lo español en Cataluña o en Euskadi, que es cosa muy distinta. Lo que el independentismo catalán pretende hacer no es encontrar «acomodo» en la arquitectura política española, sino sencillamente expulsar a España, la lengua española, lo español y, de modo creciente, a los mismos españoles, de esa región. No otro es

el discurso del actual presidente de la Generalitat, Quim Torra; al menos es claro y nítido.

Hablo, pues, de identidades que dividen, que restan, que separan, identidades invasoras que niegan otras identidades, particularismos que generan otros particularismos. Identidades que son una mirada a un pasado imaginario que se presenta como futuro idílico. Y una mirada, por supuesto, hacia adentro y hacia atrás, una mirada casticista y ensimismada.

Por ello, deseo ahora volver la mirada hacia delante, al futuro y hacia fuera, hacia el mundo. Y frente a los nuevos particularismos que tratan de seducirnos, mirar de frente al nuevo universalismo que emerge poderoso delante de nosotros.

Una mirada desde fuera

Permítanme que haga ahora un pequeño ejercicio: miremos a España desde fuera. Y lo que vemos es que España, y toda Europa, está pasando del centro a la periferia del sistema mundial sin que nos demos cabal cuenta de ello, enredados como estamos mirando hacia atrás y hacia adentro.

Algunos datos nos ayudarán a situarnos en el nuevo mundo emergente a velocidad de vértigo.

Hacia 1900 Europa era nada menos que una, cuarta parte de la población del mundo. Uno de cada cuatro habitantes era europeo. Pero solo un siglo más tarde el porcentaje se había reducido a la mitad, un 12%. Hoy está por debajo del 7% y se espera que no supere el 6% hacia el 2050. Todo el viejo Occidente, hace poco el centro del mundo (y hablo de Europa y las dos Américas, un espacio que nos parece gigantesco), será en breve poco más del 20% de la población del mundo, algo menos que África. Y mientras, Asia se ha mantenido y se mantendrá alrededor del 60%. Otro ejemplo: en 1950, de los diez países más poblados del mundo tres eran europeos. Hoy, de los veinte más poblados solo hay uno europeo, Alemania. Para el 2050 no habrá ninguno.

Y veámoslo en términos de peso económico. Es poco sabido, pero en una fecha tan tardía como 1820 las economías hoy llamadas emergentes eran nada menos que el 70% del PIB mundial; el PIB de China era entonces siete veces el británico. Pero tras la Revolución Industrial, que impulsa a Europa, Asia descendió hasta un 5% hacia 1950. Se ha recuperado aceleradamente, y Asia y el Pacífico son ya el 28% del PIB mundial en PPP, más que Estados Unidos (21%) e incluso más que la UE (23%). Solo China es el 11%, más que toda América Latina.

En el 2001, un analista de Goldman Sachs, Jim O'Neill, acuñó el acrónimo BRIC para aludir a cuatro países emergentes: Brasil, Rusia, India y China. Pues bien, ya están todos ellos en el pelotón de cabeza de la economía mundial. Los BRIC son más del 50% de la población del mundo, más del 40% del territorio, el 23% del PIB mundial. Y por cierto, tres de ellos son nucleares y dos

tienen veto en la ONU. Y como decía Huntington, dos de ellos (China e India) son civilizaciones disfrazadas de Estados, verdaderos OPNIS (Objetos Políticos No Identificados), países colosales y con historias y culturas milenarias. Pero más aun en el presente. Con más de 1.300 millones de habitantes, China es el equivalente a cuatro Estados Unidos y uno de cada cinco humanos es chino. Cada año nacen catorce millones de indios, el equivalente a Chile entero. Solo dos ciudades indias (Delhi y Bombay) son tan grandes como toda España, y cualquier comunidad autónoma cabría con facilidad en un barrio de Bombay.

Podría insistir, pero no vale la pena. India tiene un ejército de 1,3 millones de hombres, casi el tamaño del americano, y el tercero del mundo tras China, que tiene casi 2,3 millones de hombres. La marina india es la quinta del mundo y la fuerza aérea la cuarta. Ambas, China e India, están rearmándose aceleradamente y sus nacionalismos crecen día a día.

Pues bien, el problema es que el mundo sabe que esto es así. Pero nosotros no. Así lo demuestra una encuesta de la Fundación Berstelmann de hace un par de años.

Preguntados los habitantes del planeta por cuáles son hoy las grandes potencias responden que, sin duda, Estados Unidos es la potencia indiscutible (81%), seguida por China (50%), y ya, muy por detrás, y casi empatados, por Rusia (39%), Japón (35%) y la UE y el Reino Unido (empatados en el 34%). Un *ranking* que no deja de ser sorprendente: ¡la UE no es percibida como más poderosa que el Reino Unido, Japón o Rusia!

Pero más interesante es analizar quién otorga a Europa esa mediocre posición, pues mientras que el 81% de los alemanes o el 76% de los ingleses aseguran que la UE es hoy un «poder mundial», solo piensan lo mismo el 5% de los indios, el 12% de los brasileños, el 13% de los rusos. Al parecer somos una potencia mundial, pero solo lo sabemos nosotros y el mundo no se ha enterado.

Una Europa pasiva, que no se encuentra a sí misma, y que está siendo abandonada por los Estados Unidos, su hermano mayor, que la ha protegido todo el siglo XX, pero hoy tiene temas más importantes o urgentes de los que ocuparse. Emerge un mundo multipolar, sin duda, pero el problema es que no sabemos si Europa será uno de esos polos. Y en el nuevo mundo de inmensas grandes potencias que se entienden en equilibrios de poder, un mundo parecido a la vieja Europa westfaliana, el tamaño importa.

Hagamos un ejercicio mental: miremos un mapa del mundo clásico. Tiene en el centro el meridiano cero, que es el que pasa por Greenwich, junto a Londres, para cortar después la Península Ibérica, los tres países que iniciaron la globalización en el siglo XV y levantaron los mapas del mundo. Nosotros, pues, en el centro. A la derecha, el llamado «extremo oriente» que, por supuesto, no está en ningún extremo salvo para una mirada eurocéntrica. Hagamos ahora el ejercicio de correr la imagen a la derecha o a la izquierda para poner al 60% de la población del mundo en el centro. Pongamos a Asia y el Pacífico en el centro del mapa. Lo que vemos ahora es que China, el Imperio del centro, está precisamente en el centro. Pero a la izquierda del todo, al fi-

nal del inmenso continente euroasiático, emerge un pequeño extremo occidental, que da la casualidad de que es Europa. Y en el extremo occidental de ese extremo occidental euroasiático aparecen las Islas Británicas y la Península Ibérica. Hemos pasado de ser el centro del mundo a la periferia. *No sabemos lo que nos pasa y eso es lo que nos pasa*, decía Ortega.

La historia no se ha terminado, desde luego. Lo que sí toca a su fin es lo que los historiadores han llamado la Era de Europa, que comenzó en el siglo xv con las grandes navegaciones de altura, la era de la europeización del mundo. Durante esos quinientos años la historia del mundo se escribió como prolongación de la historia de Europa, de nuestra historia. Pues bien, lo que emerge es la historia del mundo sin Europa y, quién sabe si la historia de Europa se escribirá en otros lugares. Depende de nosotros.

El problema es que, mientras todo esto pasa delante de nuestros ojos, en un pequeño rincón del continente euroasiático al que aludía antes, algunos nativos discuten apasionadamente si son «naciones» o «realidades nacionales» o si el flamenco es «competencia exclusiva» de unos u otros, y de quiénes son los ríos y el agua. Pretenden arreglar el pasado, pero es el futuro lo que les atropella.

Y concluyo

Para una generación como la mía, la generación de la postguerra mundial, que se educó acomplejada siempre por la singularidad histórica de España, un país que no había hecho la revolución burguesa, que no había llevado a cabo la Revolución Industrial, que no se había incorporado a la ciencia moderna, que carecía de empresariado, que no había sido capaz de asentar una economía capitalista ni una democracia, y un largo etcétera de pecados y herejías históricas, es un verdadero alivio comprobar que todo eso se ha desvanecido, los Pirineos no son frontera de nada, no tenemos de qué avergonzarnos y somos «normales».

Ello produce una agradable sensación de labor realizada, de haber culminado una meta con éxito y podríamos quizá triunfalmente señalar que, a pocos años del centenario del 98, la regeneración profunda que aquel movimiento se planteó como objetivo se ha realizado. En buena medida es cierto. Estamos ante el triunfo del viejo proyecto de Costa, de Fernando de los Ríos, de Madariaga, Ortega, Besteiro, Marañón y tantos otros.

El problema es que ni la tarea está acabada ni el éxito es un punto final pues lleva en sí mismo sus limitaciones. Hemos cubierto una etapa y ahora nos encontramos con la necesidad de reformar los errores cometidos al cubrir esa primera etapa afrontando los nuevos. El Estado de las autonomías carece de modelo, el estado de bienestar comienza a mostrar no pocos de sus efectos perversos (por ejemplo, inhibiendo la movilidad geográfica), la cultura política sigue siendo exageradamente estatalista y en no pocas cuestiones (como la seguridad, la defensa y la política exterior) su inmadurez es peligrosa.

Pero además, alcanzadas las cotas de un sueño colectivo, nada parece quedar más allá. Europa es hoy, quizá, el único horizonte nacional político que puede de nuevo aglutinar a la sociedad española, pero es, qué duda cabe, un proyecto débil, difuso e incierto, y atravesando horas de marcada indefinición. Y es el agotamiento por consumación de aquel proyecto de homologación nacional lo que abre el camino a otros proyectos nacionales, proyectos concretos y definidos, que encuentran una segunda oportunidad.

Y concluiré con dos citas de Ortega:

El Estado comienza cuando el hombre se afana por evadirse de la sociedad nativa dentro de la cual la sangre lo ha inscrito. Y quien dice la sangre dice también cualquier otro principio natural; por ejemplo, el idioma. Originariamente el Estado consiste en la mezcla de sangres y lenguas. Es superación de toda sociedad natural. Es mestizo y plurilingüe.

Repito una vez más —dice Ortega en *La rebelión de las masas*— [...] El Estado empieza cuando se obliga a convivir a grupos nativamente separados. [Pero] esta obligación no supone desnuda violencia [...] Se llama a las gentes para que juntas hagan algo.

Estado mestizo, sí, pero unido por un proyecto de vida sugerente.

Esa es la identidad útil: la que sabe articular el máximo de ciudadanos en proyectos políticos futuros, la que une en lugar de desunir, la que da fuerza en lugar de dividir, la que proyecta hacia delante y no nos invita a recrearnos en el pasado, la que nos anima a vernos desde fuera y no a verlo todo desde dentro. Pues el futuro de España está, cada vez más, fuera de España.

Lo que necesita España hoy es lo que tuvo en 1978: no historicismo, sino futurismo, no buscar viejos mapas del XIX o del XVIII, sino definir dónde quiere estar a finales del XXI, no rebuscar títulos históricos o viejos legajos que acrediten mayor limpieza de sangre (vaya paradoja en gente que se dice progresista), sino ganar diplomas que acrediten que somos competentes en ciencia o en ingeniería.

Pero, eso sí, mientras discutimos apasionadamente si somos galgos o podencos, y dedicamos a ello todos nuestros recursos políticos, el tiempo se nos pasa discutiendo, nuestra economía pierde competitividad, las entradas de capital extranjero se ralentizan, las empresas se deslocalizan, la economía del conocimiento no acaba de arrancar. ¿A quién le importa cuantas naciones somos si, mientras lo discutimos, todas ellas, emperradas en arreglar el pasado, perdemos el futuro? ¿Qué sentido tiene pretender arreglar las querellas de nuestros padres, o incluso de nuestros abuelos, si no somos capaces de preparar el futuro de nuestros hijos y nietos?

Bibliografía

- Carr, Raymond (1983). *España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980*. Barcelona: Ariel.
- Fundación Bertelsmann (2007). *Who Rules the World*. Berlin.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1973). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Instituto Nacional de Estadística (1994). *Panorámica Social de España*. Madrid: INE.
- Lamo de Espinosa, Emilio y Carabaña, Julio (1977). «Valoración crítica del interaccionismo simbólico». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1, pp. 159-203. [Reproducido en: Jiménez Blanco, José y Moya, Carlos (eds.) (1978). *Teoría Sociológica Contemporánea*. Madrid: Tecnos, pp. 277-320.]
- Lamo de Espinosa, Emilio (1996). «Fronteras culturales». En: Lamo de Espinosa, E. (ed.). *Culturas, Estados, Ciudadanos*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 13-79.
- Lamo de Espinosa, Emilio (1998). «¿Tiene España un lugar en Cataluña? España como nación de naciones». En: Bru de Sala, X. y Tusell, J. (coords.). *España-Catalunya*. Madrid: Planeta, pp. 133-164.
- Lamo de Espinosa, Emilio (2002). «Lengua, nación y Estado». *Claves de Razón Práctica*, 121, pp. 14-23.
- Lamo de Espinosa, Emilio (2006). «¿Importa ser nación?». *Revista de Occidente*, 301, pp. 118-139.
- Lamo de Espinosa, Emilio (coord.) (2010). *Europa después de Europa*. Madrid: Academia Europea de Ciencias y Artes.
- Mead, George H. (1972). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Montesquieu (2000 [1727]). *Réflexions sur la monarchie universelle en Europe*. Genève: Droz.
- O'Neill, Jim (2001). «Building Better Global Economic BRIC's». *Global Economics Paper*, 66.
- Ortega y Gasset, José (2005). *La rebelión de las masas*. (Obras completas, tomo IV). Madrid: Revista de Occidente.